

Mi mundial 2

Daniel Baldi

loqueleg

Prólogo

7

Hace cuatro años me sentaba a escribir para el libro *Mi mundial*. Recuerdo que era un día como hoy cuando mi amigo Daniel me llamó a Turquía, para explicarme que había escrito una novela y quería que yo escribiera el prólogo.

—Está bien —le dije en aquel entonces, sin siquiera saber de qué trataba. Pero bueno... a veces a los amigos hay que decirles que sí sin saber bien para qué.

Al ratito me llegó el *email* con la novela y mientras la leía viajé junto con su protagonista, viviendo cada momento experimentado por él con la misma intensidad con que yo lo habría vivido. Porque en definitiva, lo que le pasa a este personaje es lo que nos pasó a todos los jugadores de fútbol alguna vez: momentos de alegría, tristeza, lucha y esfuerzo.

Recuerdo que me emocioné, reí y festejé con Tito, como se apoda el protagonista. Luego, cuando terminé la lectura y me dispuse a escribir el prólogo, estaba más que agradecido por semejante honor.

Hoy me pasó lo mismo.

Daniel me llamó para decirme que estaba pronto *Mi mundial 2* y que yo sería nuevamente el encargado de su prólogo. Y acá estoy por comenzar a escribir, igual que hace cuatro años.

Cuatro años... ¡cuántas cosas pasaron!

8 Recuerdo que enseguida de presentar el libro llegó el mundial de Sudáfrica, que fue espectacular y único. Todo lo que vivió el pueblo uruguayo, como vivimos nosotros, los jugadores, tanto durante ese mes como después, será irrepetible. Tanta comunión, tanto orgullo de haber nacido en esta tierra, y poder simbolizar esos sentimientos a través del fútbol, vistiendo la celeste. Sin duda un tema para sociólogos. Después llegó la obtención de la decimoquinta copa América para Uruguay, jugando en Argentina —un título que quedará para la Historia—, para luego dar paso a las eliminatorias.

Y ahí de nuevo ese subibaja de emociones que nos encontró, en un momento (según “los especialistas” y algunos otros también), fuera del mundial. Creo que en esta última etapa apareció el logro más lindo de este grupo humano, en este camino transitado con la celeste. Supimos mantener la postura sin perder la ilusión, mantuvimos el respeto a la camiseta y hacia la gente en todo momento, redoblamos nuestro compromiso, todo para salir del momento más complicado que nos tocaba vivir, conscientes de que conseguirlo sería muy difícil.

Y acá estamos, en la puerta de otro mundial, o bien, permítanme decirles, EL MUNDIAL, por tratarse de que

es en Brasil y por toda la mística que eso conlleva para LA CELESTE. Otra vez nos toca un grupo complicado, y para “los especialistas” y muchos otros también, difícil de pasar. Estamos de acuerdo, pero es fútbol y este grupo ya ha sabido demostrar que no hay escollo imposible de sortear. Dependerá de nosotros. Haremos lo imposible por lograrlo sin perder las ganas de disfrutar, poniendo la mayor energía, junto con los compañeros, familiares, amigos y toda la gente en general. Cada minuto que vivamos, tanto antes como durante el mundial, será vivido al máximo ya que es muy especial para nosotros.

9

Y a todas estas sensaciones que me toca revivir en el fútbol, también se le suma la segunda parte de esta historia, lo que hace que todo tenga en mí como una especie de *déjà-vu*. Miro el reloj y veo que es la misma hora que cuando me sentaba a escribir el primer prólogo en Turquía; esta vez estoy en Inglaterra, y parece mentira que mi familia esté yéndose a acostar igual que aquella vez, y me haya vuelto a emocionar reviviendo mi vida en los cuatro años que pasaron, con este personaje. Esta historia es de mi amigo Daniel pero, al igual que la selección, tiene el poder de pertenecernos a todos.

Quiero despedirme con el agradecimiento hacia todos ustedes por haber logrado que *Mi mundial* llegara a tantos hogares y esté por llegar al cine. Pienso que será la última vez que escriba un prólogo para Tito... aunque quién sabe. De lo único que sí estoy realmente seguro es de que pasará el mundial, otra copa América,

y seguiré leyendo y jugando al fútbol. No sé qué libros ni en dónde estaré jugando, si en un equipo o con amigos, pero seguiré haciéndolo como lo hice siempre. Con las mismas ganas y el mismo amor.

Por eso, con Daniel queremos que ustedes los jóvenes, el futuro de este país, sean tan deportistas como lectores. Seguiremos insistiéndoles siempre sobre lo mismo: “hagan deporte y estudien”. Es el lema principal de todo esto.

10 Les mando un abrazo grande. Nos vemos después del mundial.

Diego Lugano, marzo de 2014

Primera parte

Llevo media hora sentado frente a la computadora.

Al principio no sabía qué hacer: miré unos videos en YouTube, mandé un correo electrónico y repasé noticias de fútbol. Luego me desconecté y vi que me separaban seis horas del evento al que estoy invitado. ¿Qué puedo hacer?, me pregunté. Fue ahí cuando me decidí a escribir.

No sé bien cómo hacerlo ni por dónde empezar.

La última vez que me senté a escribir fue hace cuatro años. En aquel entonces era para un deber de un taller literario al que concurría junto con mi novia, Florencia.

Recuerdo que cuando mi profesora del taller lo leyó, se emocionó y me felicitó.

—Esto, Tito —dijo la profesora refiriéndose a mi trabajo—, es espectacular. Se lo voy a mostrar a Daniel. Estoy convencida de que a él le va a encantar.

Al principio pensé que estaría bromeando. ¿Por qué mi profesora desearía presentarle mi trabajo a un escritor? Se me ocurrió que en cuanto él lo leyera, iba a pensar que estaba perdiendo el tiempo. Me avergonzaba

el solo hecho de imaginármelo. No quería que Elena lo hiciera, pero, como siempre, terminé contestándole que sí, que si ella creía que eso serviría de algo, tenía mi autorización. Aunque le aclaré que me parecía que estaba equivocada.

Un mes después comencé mi segundo año de liceo y ya me había olvidado de mi trabajo, cuando recibí el llamado de Daniel Baldi, un escritor de mi ciudad al que ya conocía por haber leído su libro, *La Botella F.C.*

14

El exjugador de fútbol tuvo que repetir dos veces su nombre. Al principio creí que era una broma.

—Acabo de leer tu trabajo —me comentó en la oreja sin esperar a que yo le dijera algo.

Al convencerme de que era él quien me hablaba, entrecerré los ojos esperando la serie de correcciones que, imaginaba, pretendía hacerme.

—Quiero felicitarte —exclamó, dejándome perplejo—, realmente es muy bueno. En cuanto terminé de leerlo me dieron ganas de sentarme a escribir. Me inspiraste, Tito, y creo que se me ocurrió una excelente idea para mi próximo libro.

Yo no entendía nada, era como si me estuvieran hablado en otro idioma.

—Tito —repitió—, ¿estás ahí?

Sinceramente no sabía cómo reaccionar. ¿Cómo podía ser que un escritor profesional llegara a hablarme de esa manera?

—Sí, sí —contesté—, mu... muchas gracias.

A los pocos días lo conocí. Vino a mi casa, con la intención de dialogar con mi madre.

Se sentó a la mesa de la cocina y nos comentó que había vuelto a leer todo el trabajo y mientras lo hacía había experimentado diferentes sensaciones. Según él, se había identificado con el texto de tal manera que le parecía propio y aseguró que a cualquier jugador de fútbol que lo leyera le pasaría lo mismo.

—Sinceramente, Tito —agregó con entusiasmo—, como jugador de fútbol, no puedo más que agradecerte el hecho de que te hayas animado a escribir tu historia. En cierta manera es esclarecedora —puntualizó, sin que yo llegara a entender. Nos miramos con mi madre, sin saber qué decir—. Cuando hablás del representante, de tu familia, de tu novia... A mí me pasó algo similar a vos y creo que a la mayoría de los jugadores de fútbol también les ha pasado. Honestamente, creo que es un trabajo que merece ser leído por el país entero. Vas a ver que le va a servir a todos los jóvenes que comiencen a practicar fútbol. A mí me dio la idea de hacer una novela, una ficción en la que pienso incluir muchísimo de tu realidad, así como de la mía. Ya estoy trabajando en ella, pero antes —advirtió, centrando toda su atención en mi madre— necesito el permiso de ustedes.

Sin entender muy bien a qué se estaría refiriendo con el “permiso”, desvié la mirada hacia mi madre para ver si ella sí lo había entendido. Por desgracia, me di cuenta de que ella tampoco había comprendido.

Por otra parte, no habíamos tenido mucha suerte con la gente que se había tomado la molestia de ir hasta nuestra casa a pedirnos una cosa u otra, por lo que ambos manteníamos un espíritu reticente y desconfiado.

—Lo vamos a pensar —farfulló Amelia, sin saber bien qué tenía que hacer o decir—. Esta noche, cuando venga mi marido, le prometo que lo conversaremos entre todos.

Baldi nos agradeció y se fue.

Al quedar a solas con mi madre, ella volvió a mirarme a los ojos, pensativa.

—No sé —dudó—, quizá en la novela nos veamos muy identificados y no nos guste —reflexionó—. Esta noche lo hablaremos con papá, es probable que él sepa mejor que nosotros lo que debemos hacer.

Permanecí en silencio, encerrado en mis propios pensamientos. Todo esto por un simple deber del taller literario: me resultaba demasiado complicado. Baldi me parecía una persona muy distinta a Rolando, tanto por su mirada como por sus gestos, pero lo cierto era que mi confianza en la gente se encontraba bastante deteriorada.

Decidí llamar a Florencia. Ella sabría aconsejarme mejor que nadie.

Al cabo de media hora nos encontramos en el baldío, bajo el puente de la Caballada.

Luego de contarle los pormenores de mi reunión con el escritor, ella pareció meditarlo.

—Yo leí todos los libros de *La Botella* y son espectaculares —observó—, si bien dista mucho de estar

entre mis escritores favoritos. Con lo que ahora dice de tu trabajo y cómo lo valora, comienzo a estimarlo de otra manera. Se ve que este Baldi no tiene mucha imaginación, que necesita de tu trabajo para ponerse a escribir —bromeó.

—¿Pero qué te parece? —insistí—, ¿creés que es bueno lo que propone?

Flor me miró a los ojos. Cada vez que su mirada se detenía en la mía hacía que me sintiera el hombre más feliz del mundo por ser su novio.

—¡Está buenísimo, Tito! Ya te dije, tenés muchas virtudes, valés por lo que sos. Creo que este tipo vio lo mismo que yo, al igual que la profe Elena. Tu vida es inspiradora, mi amor. Por eso quiere escribir un libro.

—¿Voy a ser famoso? —murmuré con alegría, acercándome a ella.

Volvió a mirarme a los ojos.

—Para mí ya lo sos.

—Te amo —contesté y nos besamos.

Al rato volví a agarrar mi pelota. Desde mi alta médica, cada día avanzaba un poco más en mi recuperación. En el baldío me ponía a dominarla, conducirla y patearla.

Flor me seguía. A veces se ponía a leer un libro mientras yo entrenaba, pero siempre se quedaba allí, acompañándome. Eso para mí era lo más divino que me podía suceder. Su compañía me bastaba para sentirme apoyado, sin ella todo habría sido diferente.